

## Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 1988-2564

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.67840>

 EDICIONES  
COMPLUTENSE

La democracia inencontrable. Una arqueología de la democracia”. Autor: Fernando Oliván. Editorial: Tirant lo Blanc. Valencia 2019

Tras su *Antropología de las formas políticas de Occidente*, Oliván presenta este nuevo trabajo: *La democracia inencontrable. Una arqueología de la democracia*. Hay, en cierto grado, un cambio de registro. Desde el análisis de antropología filosófica de su obra anterior, se pasa a una especie de descenso a los hechos. En este caso, ese marco de lo factible lo constituye la idea de democracia. En el fondo la pregunta que subyace no es otra que: ¿Es posible la democracia?, pregunta que resuena a lo largo de toda la obra, remarcada –de ahí lo de arqueología– por otra que la complementa: ¿Realmente ha habido, a lo largo de la historia, algún momento con una democracia real y efectiva?

Las claves para encontrar la respuesta arrancan con el propio título del libro. Esa idea de lo inencontrable no deja de suponer una respuesta, eso sí, con una enorme carga pesimista, frente al optimismo con el que la idea de democracia arranca a finales del siglo XVIII. La Ilustración constituyente, tanto en Francia como en América, no dudó en remarcar la idea de “descubrimiento” asociada a esos valores constituidos por los derechos del hombre. Derechos del hombre y democracia se descubrirán tras siglos de extravío –eso debemos suponer– con el acontecimiento de la Revolución. El libro que tenemos entre manos viene a romper el hechizo.

Este pesimismo, en cierto grado, se refuerza con el subtítulo de la obra: *Una arqueología de la democracia*. La remisión a la obra de Foucault es inevitable. La lectura del texto y la erudición de nuestro autor, reafirman este paralelismo. El concepto “arqueología”, sin embargo, también funciona como metáfora metodológica, remisión a ese trabajo de campo donde el historiador se enfrenta con la materialidad del pasado. A ello vamos.

El libro se desarrolla en dos partes. No obstante, la importancia de esa “Introducción” que las precede nos obliga a asumir este apartado como un elemento fundamental. En cierto grado todo el libro viene a dar respuesta al problema apuntado en estos prolegómenos. No hablamos de otra cosa que de la crisis del estado contemporáneo y, con ello, de las crisis también de la democracia.

Frente al modelo descrito por el discurso del Fin de la Historia, que Fukuyama y su escuela proclamaron en las décadas de cambio de siglo, la propuesta de Oliván se proyecta en el sentido opuesto, en la necesidad de reconocer el carácter abierto del mundo y de la vida, y por

ello de las instituciones que configuran el espacio social y la historia. La historia no culmina en una *Happy End* con el triunfo de un democratismo liberal y anglosajón como modelo universal y definitivo. Afortunadamente, la historia no termina y punto.

El trabajo, por lo tanto, nos afronta a dos retos. De entrada, a reconstruir esa idea de democracia desde la óptica de los otros tiempos, asumiendo que, en cada momento el modelo contemplado se define como “definitivo”. Es decir, y esta es su tesis central, en el desarrollo social y, sobre todo en teoría de las instituciones, no existe evolución, para bien o para mal, nuestra democracia no es mejor que la que se pudo desarrollar en otras épocas de la historia. Es simplemente diferente.

La otra labor entraña un trabajo en el nivel de las ideologías, es decir, estamos ante un programa de desideologización. Lo que se busca con esta arqueología no es otra cosa que entender los movimientos, las quiebras, las piezas, que han ido empujando el sistema hasta configurarlo en este modelo que contemplamos hoy día. Una vez descartado el modelo teleológico-evolutivo que contamina la mayor parte de los análisis jurídico-políticos, resulta necesario dar una nueva razón a esos cambios sobre los que se levanta el modelo contemporáneo. Es esta labor de búsqueda la que cubre toda esa Primera parte a la que hemos hecho referencia, y la que constituye el centro de esta parte de la obra.

Dentro de esta arqueología destacamos algunos momentos por su especial importancia. De entrada, su interesante lectura del acontecimiento de la II Guerra Mundial, convertido en el fundamento –podríamos hablar de “El nivel cero”– del edificio democrático. Oliván nos habla ahí de Grado cero, un doble cero que nos permite convertir ese lustro del 40 al 45 en el punto de arranque de la contemporaneidad democrática. Sobre el fondo oscuro del conflicto, la Europa de la postguerra pudo diseñar, sin alternativa posible, el nuevo modelo de estado. El horror de la guerra, que amenazó con devolvernos a la edad de piedra, y el horror del holocausto que nos devolvió a la barbarie, cerraron toda posibilidad de pensar el hecho democrático fuera del sistema de la “socialdemocracia-cristiana” que se impuso como modelo único. Este cierre del discurso es el punto de partida de esta primera parte.

La III República Francesa es el otro gran centro de atención en esa búsqueda de las fuentes. La tesis de Oli-

ván va a ser justamente ésta. A lo largo de ese amplio período se va a ir cocinando el nuevo sistema de la democracia moderna. El libro divide esos más de setenta años, en tres períodos distintos, eso sí, leídos bajo esa óptica arqueológica que define el método elegido, es decir, desde lo más reciente hasta lo más profundo. El primer estrato que nos encontramos será, por lo tanto, el período de Entreguerras. Es ahí desde donde tenemos que entender el abismo que le sucede. El segundo, el período de cambio de siglo, donde la focalidad se centrará en el caso Dreyfuss y sus complejíssimas lecturas. El tercer momento será justamente el propio nacimiento de la República tras la derrota de Napoleón III en la guerra franco-prusiana.

Oliván nos explica el porqué de esa centralidad en el modelo francés. La realidad es que el parlamentarismo británico, al que otros autores conceden mayor protagonismo, prácticamente hasta la Guerra, seguirá anclado en formas premodernas. Ese aristocratismo del que hace gala su clase política, lo coloca como ejemplo expreso de una persistencia del antiguo régimen que no desaparecerá hasta la derrota del nazismo. En cambio, en Francia, pese a sus derrotas, el espíritu jacobino va a mantener, durante todo el siglo, los ideales populares de la revolución de 1789. Un populismo que germinará, y con toda su fuerza, en los partidos radical y republicano, ejes del proyecto político que arranca en 1870.

El experimento de la III República francesa, del que nadie puede dudar de su éxito, de ahí su competencia como modelo, arranca con un acontecimiento trágico al que Oliván vuelve a colocar en el centro del análisis. Más allá de la plástica de la Comuna de París, su atención se dirige al momento inmediato que la destruye, la “Semana sangrante”, es decir, la durísima represión que, cerrando ese capítulo revolucionario, servirá de fundamento para el nuevo estado. He ahí la paradoja, el libro define esa represión como un “verdadero primer genocidio de la historia moderna”, el genocidio del pueblo como entidad política. Sin embargo, y ahí la propuesta interpretativa alcanza un alto voltaje, es sobre este genocidio sobre el que se levanta la democracia contemporánea. La idea de democracia moderna, esta es la tesis, se va a basar en ese acontecimiento brutal, paralelo a ese otro momento de violencia que supuso “La Terreur” en los tiempos revolucionarios. La idea es la siguiente: la democracia moderna se construye sobre la idea de una soberanía abstracta. Ni rey ni pueblo. En definitiva, una soberanía sin soberano real, la idea de un “trono vacío”, pero no por ello menos poderoso ni violento.

Una interpretación que, esto es lo curioso, se arrastra desde tiempo atrás, y podríamos datarla en el pensamiento doctrinario, sobre todo en la obra del genial Guizot, y que sigue a la caída de la breve restauración absolutista

de los borbones. Un modelo que encontrará en ese final de siglo, pero sobre todo en el primer cuarto del XX, su pleno desarrollo: Ni rey soberano ni pueblo soberano, por encima de ambos la abstracción de la soberanía se proyectará sobre esa construcción también abstracta de las leyes. Estamos ante el nacimiento del concepto de soberanía de la constitución. El pensamiento de Carl Schmitt no anda lejos de todo esto, lo que no deja de proyectar una inquietante sombra de la que tendremos que sacar todas las consecuencias.

El trabajo arqueológico alcanzará también los mismos orígenes de la idea. El origen histórico en esa Revolución francesa, verdadero semillero de la edad contemporánea, pero también en esa antigüedad greco-latina, origen indiscutible de su contenido semántico.

La Segunda parte del libro cambia de tercio y, frente a ese trabajo de campo, nos propone centrar nuestra atención sobre algunos de esos “objetos” y conceptos descubiertos en la labor de la piqueta. A ello se aprestan capítulos como “Liberalismo y democracia”, “El problema de la nación”, “La izquierda imposible”, “Volver a Rousseau” o el último de “La tentación del fascismo”. El mismo enunciado ya nos da algunas pistas sobre su contenido y que dan sentido a la frase que, como un emblema, inicia todo el texto. “La democracia es el dominio de los desposeídos a lo largo de un inagotable conflicto por la igualdad”. Pertenece a *La democracia, historia de una ideología* de Luciano Cánfora.

En definitiva, estamos ante una obra de exquisita factura académica y fielmente documentada, lo que permite a su autor adentrarse en los niveles más profundos del concepto de democracia. Una afortunada combinación de datos y propuestas que, no solo consigue un libro apreciable en el campo de la teoría del estado y de la constitución, sino también un libro de interés general. Estoy pensando en ese lector que, aunque no especialista, se muestra interesado por el mundo de la alta cultura. En este caso de la cultura política.

Para no extenderme más sobre este punto, reproduzco el final de la nota de contraportada que suscribe el editor. La comparto de punto a punto:

*<Al renunciar a formular una interpretación teleológica, condicionada por nuestra visión desde el presente, el autor nos introduce en territorios no pocas veces inquietantes. El capítulo final, “La tentación del fascismo”, resulta así un verdadero aldabonazo sobre nuestras conciencias>.*

Luis Vicente Doncel.

Prof. de Sociología de la Universidad Rey Juan

Carlos

luisvicente.doncel@urjc.es